La hispanidad fué esencialmente creadora en el pasado de nuestra América.

Todas las formas de cultura anidaron en su regazo amoroso. De ese regazo materno brotó el manantial purísimo del cristianismo, la linfa vitalizadora de la lengua castellana.

La hispanidad es hermana gemela de la latinidad hermosa y fecunda.

Si por obra de Dios nuestra América se forjó al impulso generoso de España, se modeló al calor de una bella caricia latina; ¿por qué hemos de desdeñar esa herencia de siglos, por qué deseamos evolucionar rompiendo lo más sagrado de nuestro ser?

De un confín al otro de nuestra América bulle en gestación ideal el más puro hispanismo. Las fuerzas creadoras de la evolución se agitan en el seno de nuestra cultura secular, española y latina. De lo más profundo de nuestra tierra, del corazón de nuestras montañas se eleva hacia el espacio azul la plegaria castellana que implora al Dios único y eterno de los cristianos.

Querramos o no, en nuestras venas circula sangre castellana, en nuestro espíritu vive inmutable, la religión de nuestros antepasados españoles, en nuestros labios brota alegre y sonora la lengua de Castilla.

El presente de nuestra América representado en la más admirable de las solidaridades humanas, se enorgullece de elevar sus plegarias a Cristo, y de expresar sus pensamientos en la lengua inmortal de Cervantes.

Raza, religión e idioma son los más hermosos vínculos que unen a todos los pueblos de la América española.

El destino futuro de nuestra América, proyectado hacia las mejores conquistas culturales, debe descansar sobre la sólida base de su pasado latino.

La hispanidad tiene el sentido de lo eterno y la fuerza de la inmortalidad.

Tomado de *"España en Centro América"*, por Carlos Martínez Durán. Guatemala, abril de 1943. Páginas 70-76.

Las siete ciudades doradas de Cíbola

Por Rubén Yglesias Hogan

Trabajo leído en la sesión celebrada por la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica el 27 de marzo de 1943.

En una conversación sobre el Gran Adelantado don Juan Vásquez de Coronado hicimos breve alusión a la memorable expedición de don Francisco Vásquez de Coronado, hermano del Conquistador de Costa Rica, en busca de las famosas Siete Ciudades Doradas de Cíbola.

Fué esa una aventura extraordinaria, como extraordinarios fueron el espíritu y la resistencia de aquella raza que realizó la epopeya del descubri-

miento y la colonización del nuevo continente. Qué obstáculo fué suficiente para detener a los conquistadores? Qué temor pudo arredrarles? Eran, dijimos en otra ocasión, verdaderos super-hombres, guiados por un ideal: su fe en Dios y la lealtad a su rey. Y este ideal les hizo fuertes, con fortaleza maravillosa, capaz de vencer las debilidades de la carne y las fatigas del ánimo. Sus proezas, como las de los héroes homéricos, parecen actos de semi-dioses. No lograríamos imitarlas, pero sí podemos admirarlas y pensar, con filosofía a lo Don Quijote, que quedarán expuestas a la contemplación de los venideros siglos como testimonio de una edad que fué realmente la de oro, no por el acicate que éste significa para las almas sórdidas, sino por el esplendor con que brillaron las más altas virtudes caballerescas de aquellos cruzados que, luchando bajo el glorioso pabellón de España, abrieron a la civilización los caminos del Nuevo Mundo.

Infinitas fueron las gestas admirables de aquellos capitanes, cuyos nombres han quedado como símbolos del valor. La historia los ha recogido, así como sus hazañas, y con el brillo de ellas rasga el velo de esa leyenda negra que ha pretendido deformar la obra portentosa de la Madre Patria en la América.

Muchos son los autores de reconocida autoridad que se han ocupado en luchar contra los prejuicios interesados y contra la ignorancia malévola, haciendo plena justicia a España. Nosotros no pretendemos volver sobre este punto, que va resultando lugar común. Pero queremos hablar de los hechos de Francisco Vásquez de Coronado, en su legendaria búsqueda del Eldorado del Norte, porque desde que conocimos esta historia nos fascinó y quisiéramos difundir esta fascinación, como un culto a lo noble y a lo heroico, ya que el hombre se eleva a sí mismo cuando reconoce y venera las más altas virtudes de sus semejantes.

Esta narración ha sido hecha muchas veces, y ciertamente no buscamos ningún mérito de originalidad. Sólo queremos aprovecharnos de la facilidad que nos brindan libros y documentos a nuestro alcance para haceros partícipes de nuestro entusiasmo y nuestra devoción por estas cosas, seguros de realizar un acto de justicia de que somos deudores, con el cual apenas pagamos en mínima parte cuanto debemos a esa gran nación que nos dió, junto con su sangre y con su idioma, su alma indomable, creadora de naciones. Tal es pues, la excusa que ofrecemos al ocupar hoy vuestra amable atención, temerosos, sin embargo, de abusar de vuestra gentil benevolencia.

La relación de la expedición de Vásquez de Coronado al Norte de México y territorio que hoy forman parte de los Estados Unidos figura en cualquier texto de historia. Pero únicamente como una breve alusión, porque fueron tantos los hechos extraordinarios de la Conquista, que apenas si hay oportunidad de singularizar aquellos que por determinadas circunstancias cobraron mayor notoriedad. Existe sobre ella un valioso libro, de Pedro de Castañeda, titulado "Narración de la Expedición de Vásquez de Coronado", con mapas y reproducción en facsímil de varios importantes documentos. Pero ha tocado en suerte a un norteamericano rendir la debida justicia al ilustre

caudillo que nos ocupa. En nuestro estudio sobre el Gran Adelantado nos referimos a la obra de Paul A. Jones, titulada "Quivira", publicada hace poco tiempo en Kansas, en donde el recuerdo de Vásquez de Coronado y sus compañeros es mantenido con sincera devoción y constituye vínculo de inapreciable valor entre dos pueblos que si bien son de diferentes razas e ideologías están unidos por múltiples lazos, inclusive el de la sangre, ya que extensas regiones de la gran nación norteamericana están habitadas por los descendientes de los colonizadores españoles. Seguiremos, pues, a este autor, que posee dos grandes cualidades: la exactitud, fruto del estudio y favorecida por el conocimiento geográfico, y la imparcialidad, porque perteneciendo a otra raza, puede apreciar las cosas desprovisto de pasión.

Antes de entrar en materia conviene recordar que el señuelo del fabuloso Eldorado fué acicate poderoso en la conquista de América. Pero insistimos en que no era sólo el dato material el que influía en el deseo de los exploradores, que desafiando peligros incontables cruzaron el océano y plantaron la cruz y el estandarte de Castilla en las tierras vírgenes del Nuevo Mundo. Era también el afán de aventura, que trasplantado de los campos de Flandes y de Italia a estos territorios impulsaba a los Cortés, a los Pizarros, a los Vásquez de Coronado; convertía a aquellos hombres en famosos capitanes, en atrevidos descubridores, en fundadores de ciudades, en constructores de países, si pudiera decirse así, que iban transplantando su España heroica al continente desconocido. Ya hemos dicho también que ésta fué la característica de tan asombrosa empresa, cuya magnitud no ha sido igualada. No se trataba simplemente del hecho de una posesión de tierras: era algo más grande que esto, la creación de una nueva patria, calcada sobre la antigua, levantada al influjo de su recuerdo, de tal modo que el Conquistador buscaba a menudo la similitud de ambiente, la semejanza geográfica, y perpetuaba los nombres que le recordaban su rincón solariego. Así nacían las Granadas, Leones, Valencias y Cartagenas de Indias; así se rodeaban de pueblecillos robados a la vega andaluza o al paisaje castellano; así cada provincia americana fué en cierto modo un pedazo de España, pero no en un sentido teórico, sino de manera positiva, y pudo justificarse plenamente años después, el dicho de los historiadores cuando tratando de las memorables Cortes de Cádiz dijeron que allí se habían dado cita por primera vez "los españoles de España y los españoles de América". Y calificaron la lucha por la independencia como una verdadera guerra civil.

Animados de ese espíritu extraordinario los Adelantados cruzaron las cordilleras y remontaron los ríos, robando a las selvas milenarias los secretos de las civilizaciones aborígenes. Es cierto que la ignorancia y la ambición de algunos destruyeron tesoros, más que materiales, históricos, y que el fanatismo oscureció en parte el esplendor de aquéllas, pero para juzgar de estos hechos debe tenerse un criterio imparcial que sitúe las cosas en su verdadero plano y nos ponga a tono con la mentalidad de la época. A nosotros nos toca admirar las proezas en lo que tuvieron de grandes y rendir el tributo de nuestra admiración a aquellos caudillos, para quienes la naturaleza fué enemiga

impotente ante la pujanza de su corazón, inflamado repetimos; de lealtad y de fe. Si en muchos de ellos la leyenda del Eldorado despertó codiciosa pasión, debe recordarse que para la imaginación ardiente de estos hombres amamantados en las costumbres y tradiciones caballerescas esa fábula era especialmente fascinante. Era natural, pues a ella se ligaba un sentimiento de admiración a lo desconocido, y más que la ambición vulgar había allí un deseo de aclarar el misterio, de resolver el enigma oculto bajo las aguas serenas de un lago, como el sagrado Guatavita de los Chibchas, o entre el verdor eterno de los bosques, como en la Talamanca en donde se suponía que estaban los tesoros de Tisingal.

Francisco Vásquez de Coronado se empeñó también en este propósito, a instancias del Virrey de México, Mendoza, y el resultado de su empresa fué su expedición en busca de las Siete Ciudades Doradas de Cíbola, que forma nuestro tema.

Antecedentes

Lo que podríamos llamar el mito de Cíbola nació como consecuencia de las andanzas de aquel nuevo Marco Polo que se llamó Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, a quien se ha considerado como "el primer europeo que penetró en lo que era entonces el oscuro continente de Norte América como fué el primero que lo cruzó, siglos antes que otro cualquiera". "Sus nueve años de marchas a pie, —dice un conocido autor—sin armas, desnudo, hambriento, entre fieras y hombres más fieros todavía, sin otra escolta que tres camaradas tan malhadados como él, ofrecieron al mundo la primera visión del interior de los Estados Unidos y dieron pie a algunos de los hechos más excitantes y trascendentales que se relacionan con su temprana historia. Casi un siglo antes de que los Padres Peregrinos estableciesen su noble comunidad en la costa de Massachusetts; setenta y cinco años antes de que se intalase el primer poblado inglés en el Nuevo Mundo, y más de una generación antes de que hubiese un solo colonos de la raza caucásica de cualquier nación dentro del área que hoy ocupan los Estados Unidos, Cabeza de Vaca y sus desharrapados acompañantes atravesaron penosamente este país desconocido."

Perdónesenos que relatemos de nuevo este episodio, pero es indispensable para conocer los antecedentes que motivaron la expedición de Vásquez de Coronado. Resumiremos sus detalles, pensando que si no son en modo alguno nuevos, forman una narración apasionante digna siempre de leerse y releerse, con la avidez con que saboreamos las mejores páginas de las aventuras casi increíbles de los héroes homéricos o los caballeros andantes.

Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, de ilustre prosapia, había nacido en Jerez de la Frontera a fines del siglo XV. Cuando en 1527 vino al Nuevo Mundo gozaba ya de algún renombre. Salió de España como tesorero y alguacil mayor de la expedición que capitaneada por Pánfilo de Narvaez tenía como propósito colonizar la Florida. Esta expedición llegó a la bahía de Tampa el Viernes Santo de 1528 y después de grandes penalidades, hambres y naufragios, de sus cuatrocientos cincuenta hombres apenas quedaban quince

que arribaron a la isla con justicia llamada *del Mal Hado,* al Oeste de la boca del Mississipí. Entre ellos se encontraba Cabeza de Vaca, a quien sus compañeros abandonaron por enfermo junto con otros dos españoles, uno de los cuales falleció poco después. Restablecido de su dolencia, pasó seis años conviviendo con los indios de esa región. Su camarada, Oviedo, murió allí. De los otros trece sólo se salvaron de una muerte cruel a manos de los indios tres: Andrés Dorantes, Alonso del Castillo, Maldonado y el negro Estebanico, africano de Amazor. Cabeza de Vaca se les unió en 1534 en un sitio de la parte oriental de Texas, tras variadas e interesantes aventuras. Fué médico de una tribu, pescador y cazador a la manera india y el primer europeo que vió a un búfalo y que en esa zona recibiera como regalo trajes de algodón. El conocimiento que había adquirido de los costumbres de los aborígenes y, hasta cierto punto, de sus nociones geográficas rudimentarias, le permitió dirigir la fuga que junto con aquellos tres emprendió para escapar a la esclavitud en que habían sido sumidos. En un recorrido abundante en peligros y de increíbles privaciones, atravesaron el territorio de Texas y después los de Chihuahua y Sonora y por fin, en tierras de Sinaloa, encontraron españoles, al mando del capitán Diego de Alcaraz. A mediados de 1536 llegaron a Compostela, población principal de la Nueva Galicia, de donde se trasladaron a la ciudad de México. Estebanico permaneció allí. Los trece españoles volvieron a su patria y Cabeza de Vaca recibió en recompensa el cargo de gobernador del Paraguay, en 1540. Su incapacidad para desempeñarlo acertadamente le costó múltiples disgustos y acusaciones, regresando a España; pensionado por el rey, murió en Sevilla a edad avanzada.

Como un detalle de interés científico recordaremos que en las crónicas de Cabeza de Vaca se menciona el tratamiento que los indios mexicanos realizaban, de la lepra con el caldo aceitoso del dorado. Esta alusión ha hecho que los investigadores modernos lleven a cabo estudios sobre la posibilidad de usar los éteres etílicos de los aceites de ése y otros peces en la lucha contra la citada enfermedad.

Fué la relación de este viajero extraordinario, que hizo un recorrido de más de diez mil millas en condiciones que es difícil imaginar, la que llamó la atención hacia los territorio norteamericanos hasta ese momento desconocidos a los Conquistadores, ya posesionados de gran parte de México. En sus andanzas como esclavo de las tribus que erraban por la zona que hoy es fronteriza entre este país y los Estados Unidos oyó hablar de las Siete Ciudades Doradas de Cíbola. Imaginad el asombro con que aquel rudo soldado, único europeo perdido en millares de kilómetros cuadrados de tierras inexploradas, rodeado de indios hostiles, mísero e indefenso, escucharía, en largas horas de nostalgia, junto a las hogueras que en las noches serenas fingían en las llanuras fantásticas constelaciones de estrellas rojas, las historias sorprendentes de las ciudadades maravillosas, que en algún punto lejano se alzaban como promesas de felicidad y abundancia. Su imaginación, exaltada por las privaciones y por el afán de aventuras que le había impulsado a venir al Nuevo Mundo, forjaría siete ciudadades encantadas, cual paraísos musulmanes en que todos los placeres esperaban a los escogidos.

Cómo esta leyenda de las Siete Ciudades Doradas de Cíbola había llegado hasta las tiendas de pieles que eran único indicío de la presencia del hombre en las vastas planicies de Texas o Nuevo México? Sería interesante el estudio que nos indicara la trayectoria seguida por esta y otras fantasías universales. Las siete ciudades sagradas de las leyendas de Oriente, la ciudad de las siete puertas de oro de los misteriosos atlantes, la mística Jerusalén de los poetas y soñadores de la Edad Media, las mismas Siete Moradas de la Santa de Avila, todo ello no es acaso un sólo símbolo cuya clave pretenden poseer los iniciados? Y en forma ignorada, por influjo de quién sabe qué ideas, esta leyenda también floreció en tierras al parecer alejadas de todo contacto con culturas avanzadas, capaces de dar una interpretación filosófica al mito. Es curioso, sin embargo, anotar que esa región entonces inculta y casi deshabitada, fué uno de los centros del hombre primitivo de América. En Nuevo México, Nebraska y Kansas se han encontrado interesantes depósitos de fósiles. Hace unos años fué hallada en Folson, Nuevo México, la primera evidencia de la ocupación humana del continente. Recientemente se encontró un cráneo, perteneciente a una época que se estima aproximadamente en cincuenta mil años y a una profundidad de veinte pies. Este hallazgo se realizó cerca del río Cimarrón, ocho millas al Este de Folson. El cráneo ha sido llevado al Museo de Historia Natural de Denver, Colorado, y se le ha calificado como perteneciente al *Homo Novusmundus*, en un esfuerzo por hacer de la América del Norte, o más propiamente de los Estados Unidos, la cuna del hombre de América. Sin entrar a discutir esta tesis, conviene anotar que las grandes tempestades de arena que en los últimos años se vienen sucediendo en esas regiones, con fuerza cada vez mayor constituyendo un serio problema para esos Estados, amenazados de convertirse en verdaderos desiertos, así como los efectos singularmente intensos de la erosión, han puesto al descubierto restos de animales y de hombres de edades remotas, que quizá alcanzaron una civilización apreciable, precisamente en los territorios en donde la leyenda situaba siglos y siglos más tarde un fabuloso reino de cuento oriental. Tal vez aquí, como en los casos de Babilonia y Nínive, el recuerdo de la grandeza pasada flota sobre la tierra solitaria como el alma misma de una raza que haya quedado apegada a los sitios en donde sus elementos cumplieron la inoxorable trayectoria de su desarrollo, su decadencia y finalmente su desaparición defintiva.

Algunos de los lugares que los españoles exploraron han sido objeto de cuidadosas investigaciones científicas, habiéndose comprobado que varios de los poblados, especialmente de Arizona y Nuevo México, han sido habitados sin interrupción desde el siglo décimo de nuestra era. Entre ellos se encuentra Awatobi, pueblo Hopi que visitaron en 1540 Fray Juan de Padilla y el Capitán Pedro de Tovar. De la más importante de esas comunidades pre-colombinas, Pueblo Bonito, situada en el Cañón Chaco, Nuevo México, quedan vestigios de enorme importancia histórica que han sido objeto de detenidos estudios. En 1929 recorrió esa zona una expedición financiada por la Sociedad Geográfica Americana y encabezada por el profesor Andrew Ellicott Douglas, director del observatorio Steward, de la Universidad de Arizona. Esta expedición estableció

una curiosa serie de fechas, basándose para ello en la edad de las maderas usadas en ciertas construcciones.

Cabeza de Vaca escuchó los relatos de los indios, en los cuales quedaba todavía el eco de un misterioso pasado, y los aceptó en el sentido material que la ignorancia les daba.

Fué él quien habló a Mendoza, aun cuando se dice también que la primera versión de Cíbola llegó a oído de españoles años antes, cuando Nuño de Guzmán, era presidente de la Audiencia de Nueva España. Según esto, un indio llamado Tejo contó a Guzmán que su padre habia visitado las ciudades de Cíbola y había traído de ellas, en cambio de distintos productos que llevara para comerciar, ornamentos de oro y plata, así como turquesas y otras gemas.

Influenciado por las narraciones de Cabeza de Vaca, Mendoza organizó una pequeña expedición para que fuera a darse cuenta de la exactitud de tales informes. Como jefe figuró Fray Marcos de Niza, franciscano, y como guía el negro Estebanico, que el Virrey había comprado a Dorantes. Esta expedición avanzó bastante al Norte, pero fracasó precisamente por dificultades creadas por Estebanico, quién fué asesinado por los indios de uno de los poblados a que la avanzada había llegado. Sus compañeros regresaron y Fray Marcos hizo relación exagerada del viaje, que acabó de despertar en Mendoza el deseo de conquistar aquellas Ciudades Doradas que el franciscano aseguraba haber vislumbrado desde lejos.

Oportuno es rememorar aquí la personalidad de don Antonio de Mendoza, quien como primer Virrey gobernó a México después de la Real Audiencia que reemplazó al Conquistador Cortés. Prescott, en su historia de México, recuerda cómo Mendoza, "cuya imaginación—dice—había sido inflamada por un monje errante", reclamó el derecho de descubrir al Norte y esto motivó una disputa con Cortés, que había explorado el Golfo de Calfornia. El mismo autor cita la existencia de un manuscrito en que el Marqués del Valle pide un juicio de residencia contra el Virrey. (Entre paréntesis seanos permitido recordar que un compañero de Cortés, y de Narváez, y luego de don Pedro de Alvarado fué el intrépido Sancho de Barahona, cuyo hijo del mismo nombre, vino con Cavallón a Costa Rica, Juan Barahona, hijo del primer Sancho, fué tesorero aquí y en su probanza de méritos, hecha en Guatemala en setiembre de 1564 declara nada menos que el ilustre Bernal Díaz del Castillo, esa otra gran figura de la Conquista, tan simpática y original, merecedora de más general estudio.)

Deseoso, pues, de no dejarse ganar, el Virrey preparó una segunda expedición, esta vez en grande escala y puso al frente de ella a don Francisco Vásquez de Coronado, habiendo pensado también para encabezarla en don Pedro de Alvarado, Conquistador de Guatemala.

La expedición

El 22 de febrero de 1540 fué un gran día en Compostela de la Nueva España. El Virrey Mendoza había llegado de la ciudad de México para revistar las tropas, trescientos hombres blancos y ochocientos indios mexi-

canos, que se preparaban a salir hacia el Norte. Dondequiera se veían signos de febril actividad. Los soldados limpiaban sus armas, mientras las escuderos daban brillo a los arneses plateados de los corceles y a las recias armaduras de los caballeros. El cuadro recuerda aquellos otros en que en su "Conquista de Granada", Washington Irving nos describe las huestes de los Reyes Católicos preparándose a la batalla contra el infiel. El mismo Rey de España había enviado un cargamento de armas para la expedición, cuyo costo se calculó en 60 mil ducados, más de un millón de dólares.

Gerald Cassydy ha recogido en ese fresco magnífico que reproduce Jones la emoción de aquel momento histórico. Francisco Vásquez de Coronado es la figura central, montado en robusto caballo blanco, vistiendo dorada armadura sobre la cual una capa flota como una bandera. A su lado, el fraile franciscano, compañero inseparable de los conquistadores, y en segundo término los soldados aguerridos que se aprestan a una marcha que saben llena de aventuras y peligros. Ciertamente el Virrey Mendoza podía estar orgulloso de aquella tropa, y más aun lo estaría su jefe, Vásquez de Coronado, que soñaba en conquistar victoriosos laureles para depositarlos en rendido homenaje a los pies de su esposa, la bellísima Beatriz de Estrada, hija del Tesorero de la Nueva España, primo del Rey Carlos.

Entre los oficiales figuraban hombres de esclarecido linaje: don Pedro de Tovar, hijo del mayordomo de la reina Doña Juana; Don Tristán de Arellano, Don Pedro de Guevara, Don Hernando de Alvarado, etc. El autor hace notar que era esta "la más brillante tropa reunida hasta entonces en el nuevo mundo para salir en busca de tierras desconocidas. Con escasas excepciones todos sus componentes eran personas de calidad" y agrega que un caballero español, entonces como ahora, no gustaba de las artes manuales, pues sus ambiciones eran las de obtener placeres y fama, las de luchar, explorar y buscar junto con las aventuras el romance y la riqueza, y sólo deseaba, por tanto, ser soldado.

El 23 de febrero de 1540 la expedición salió de Compostela, dirigiéndose a Culiacán, situada 200 millas al Norte hacia la costa del Pacífico. El Virrey Mendoza la acompañó dos días, regresando luego a la ciudad de México. Cerca de Chiametla, casi a la mitad del camino entre Compostela y Culiacán, ocurrió un encuentro con indios, en el cual Lope de Samaniego recibió un flechazo que entrándole por un ojo le perforó el cerebro, quitándole la vida instantáneamente. Su cadáver fué enterrado en una pequeña Capilla. Varios indios fueron capturados y ahorcados como represalia.

A fines de marzo llegó la expedición a Culiacán, siendo su arribo ocasión de grandes fiestas, torneos y simulacros de batallas. Allí dejaron Vásquez de Coronado y compañeros parte de su equipaje, que era demasiado lujoso, pues incluía hasta trajes de corte, candelabros de plata y aun libros. Se acordó dejar todo lo superfluo para que fuera entregado a los barcos comandados por Hernando de Alarcón, a quien el Virrey había dado orden de mantenerse en comunicación con los expedicionarios. Sin embargo éstos se vieron obligados a tomar una ruta con dirección Noroeste y tal contacto no fué establecido.

Vásquez de Coronado escogió unos 80 jinetes y 30 infantes y adelantándose a sus fuerzas salió de Culiacán el 11 de abril. Siguiendo el valle del río Sonora avanzó hasta el poblado indígena llamado Chichilticalli, actualmente Fort Grant, en Arizona. En estos lugares, cuya apariencia es la de un verdadero desierto, acamparon los expedicionarios por varios días. Enviando mensajeros para indicarles el camino seguido, Vásquez de Coronado y su escolta continuaron hacia el Norte, suponiéndose que hicieron la misma ruta que hoy une Fort Grant con Fort Apache en el río Gila. Los víveres eran escasos y los soldados comieron frutos del cactus típico de esa zona y varios murieron envenenados. Hablando de lo limitado de las provisiones, Vásquez de Coronado informa al Virrey que apenas les queda un poco de vino, "el cual se reserva para decir la misa."

De la región de Fort Apache, casi en la línea divisoria entre Arizona y Nuevo México, los españoles encontraron la primera de las famosas Siete Ciudades Doradas de Cíbola. Pero en vez de enormes palacios de oro sólo se alzaban allí esos edificios de color oscuro característicos de los nativos que los norteamericanos han agrupado bajo el nombre de "indios pueblos", casas de barro, generalmente de dos pisos, de forma chata que recuerda las construcciones asirias, semejanza que también ha dado origen a interesantes especulaciones históricas. (En esa zona habitan los indios zuñis, navajos, acomas, y otros, sobre cuya cerámica se han hecho interesantes estudios.)

Un centenar de aborígenes hicieron frente a los conquistadores produciéndose un violento combate en el cual los europeos obtuvieron la victoria, habiendo sido herido su propio caudillo. El poblado ocupado el 7 de julio de 1540 fué llamado Granada, por su semejanza que en ciertos aspectos presentaba con la bellísima capital árabe de ese nombre. Fray Marcos de Niza partió de regreso a la ciudad de México junto con Juan Gallego, un valeroso soldado que llevaba al Virrey la noticia poco consoladora de que la primera ciudad de Cíbola conquistada distaba mucho de ofrecer tesoros de la clase que los exploradores imaginaban.

A propósito de Juan Gallego, cabe decir que después de desempeñar la misión que se le encomendara volvió a reunirse con su capitán, repitiendo así aquella jornada extraordinaria desde la ciudad de México hasta Kansas. En cuanto al buen fraile, responsable en gran parte de la expedición, cabe imaginar que estaba más que deseoso de evadir el desengaño de sus compañeros ante la realidad de las cosas.

Mientras esperaba la llegada del grueso de sus ejércitos, Vásquez de Coronado envió varias patrullas a reconocer diversos territorios. Una de ellas, al mando de Pedro de Tovar, visitó un poblado Hopi, cien millas al Noroeste de la Nueva Granada. Tovar informó acerca de un enorme río que había al Oeste de la región visitada por él.

A inspeccionarla partió el Capitán García de Cárdenas con algunos hombres y a su regreso relataron que sólo habían visto lo que parecía un riachuelo en el fondo de enorme precipicio. Estos españoles habían contemplado el Gran Cañón del Colorado. Cuando el Capitán, expresando su admi-

ración comparó la profundidad de la cima con la altura de la Giralda de Sevilla, sus compañeros que le esperaban sonrieron benévolamente. En verdad no podían imaginar siquiera la grandeza incomparable de esa vista única en el mundo que es el gran Cañón, cuyas paredes ofrecen las páginas más curiosas e interesantes al estudio de los geólogos.

El Capitán Hernando de Alvarado fué enviado al Este y llegando hasta el Río Grande en el sitio llamado ahora Bernalillo, en Nuevo México; siguió hasta río Pecos y a las planicies del actual Texas, en donde vió los "bueyes jorobados", los bisontes descritos por Alvaro Núñez poco antes.

Mientras estas avanzadas realizaban tan interesantes exploraciones el grueso del ejército se dirigía al Norte caminando penosamente, luchando contra el viento y la nieve que azotaban las llanuras. Los historiadores señalan en relación con esta etapa de la marcha de Vásquez de Coronado cómo un joven soldado de nombre Trujillo permaneció en Culiacán, por cuanto según la autorizada opinión de Fray Marcos el diablo se habia posesionado de él, haciéndolo soñar que daba muerte a Vásquez de Coronado adueñándose de cuanto a éste pertenecía, inclusive su bellísima esposa. Fray Marcos, con cristiano celo, no quiso dar oportunidad de que tal sueño pudiera cumplirse.

El invierno de 1540-41, fué pasado por los exploradores en Bernalillo o Tiguex. Este lugar se encuentra casi al centro del actual Estado de Nuevo México. Allí tuvieron algunos incidentes con los indios. Más adelante, en un punto llamado Cicuye, cacique a quien por sus abundantes mostachos impusieron el nombre de "Bigotes", dió hospitalidad a aquellos extraños hombres blancos de ojos claros. Un mal entendimiento provocado por un cautivo indígena rompió la cordialidad que se había establecido y los indios abandonaron sus poblados llevándose muchos de los caballos de los españoles, reputándose éste el origen de los equinos actuales de esas zonas. El cautivo en cuéstión, a quien los europeos habían apodado el Turco por la forma en que peinaba sus largos cabellos a semejanza de un turbante, resultó ser una especie de mago, que adivinaba los secretos de la naturaleza y de los hombres con la ayuda de un poco de agua cristalina, en la cual, según aseguraba, veía todo aquello que deseaba, y pronto se dió maña en imponerse a los españoles con la trabajosa narración de fantásticas historias. Entre éstas una tenia especial atractivo para sus oyentes: la relacionada con el maravilloso reino de Quivira, que era una nueva versión de la leyenda de Cíbola. Las Siete Ciudades Doradas que aquellos hombres rudos habían contemplado en sueños ofrecía sólo el espectáculo monótono y triste de las praderas infinitas. Pero su esperanza era tan vasta como su ilusión y un sueño venía a reemplazar a otro. La palabra Cibola fué substituída por esa otra, Quivira, como símbolo de un país de encantamiento, una Jauja milagrosa, en donde, al decir del Turco, que tenía un poder de convicción tan grande por lo menos como el del buen Fray Marcos, los árboles daban, como en el jardín de la Hespérides, frutos de oro puro. Desde entonces los expedicionarios sólo pensaron en llegar aquella Tierra Prometida, olvidando las pasadas fatigas y dispuestos a afrontar las nuevas con aquel espíritu indomable que fué una de las principales características de los conquistadores.

(De paso recordemos que la palabra Cibola significa en el lenguaje indígena "búfalo", y que en este sentido sí describía un verdadero tesoro para el mísero habitante de las llanuras americanas.)

A fines de abril de 1541 los exploradores reanudaron su marcha llenos del mismo optimismo con que habían iniciado la expedición. Cuatro pedreros de bronce que llevaban fueron dejados en Chía un uugar cercano a Tiguex. Para cruzar el río Pecos fué necesario construir un puente, en cuya construcción se emplearon cuatro días. Días después, avanzando por las praderas guiados por el Turco hallaron imponentes hordas de búfalos cuyas rutas siguieron en parte. Muchas de estas rutas son las mismas que hoy aprovechan las modernas carreteras donde veloces vehículos acortan las distancias en progresión fantástica. El estiércol de esos animales sirvió de combustible para los españoles, así como para marcar en las llanuras el camino que seguían, con el fin de que lo conocieran los refuerzos que Vásquez de Coronado había pedido a Sonora.

Varios días de viaje hicieron a los expedicionarios entrar en contacto con los indios que llamaron Querechos, los cuales tenían cierto conocimiento de la existencia de Quivira. Llamó la atención de los españoles la indiferencia con que estos indios les recibieron, sin sorprenderse de su corazas brillantes ni de sus corceles, hasta entonces desconocidos en aquellas regiones.

Federic Remington nos muestra en su cuadro "La Marcha de Vásquez de Coronado a través de Kansas", una de aquellas jornadas memòrables, en que los Conquistadores, vistiendo relampagueantes armaduras y llevando sin esfuerzo aparente esas enormes y pesadas lanzas que son asombro hoy día de los visitantes de los museos, cruzaban estoicos las dilatadas planicies, calcinadas por el sol o azotadas por la lluvia y la nieve, sin desmayar en su empresa gigantesca de trasplantar de un mundo a otro la civilización europea. El Capitán Jaramillo, ingenuo cronista de la expedición, nos dice que en esta marcha el ejército "seguía la aguja", es decir, se guiaba hacia el Norte por medio de una barrita de hierro imantado. Los autores modernos, y especialmente los sajones, ponen mucho énfasis en indicar que éste fué lo que podría llamarse el único "toque científico" de la exploración. Para nosotros tal comentario, carece totalmente de importancia. Lo principal, lo verdadero, lo grande, es el coraje indomable, la resistencia ilimitada, el espíritu excepcional que significan esas jornadas que inmortalizaron los nombres de los Vásquez de Coronado, de los Cortés, de los Alvaros Núñez, de todos aquellos hombres o super-hombres que llenan las páginas del Descubrimiento y la Conquista.

El 29 de junio de 1541 la tropa llegó a un río, que en honor a los santos del día fué bautizado con el nombre de San Pedro y San Pablo. Era el Arkansas, cuyo curso siguieron por treinta millas, cruzándolo en donde se encuentra ahora Fort Dodge, en Kansas. Cerca de allí encontraron a los primeros indios de Quivira, porque estaban ya en aquellas tierras legandarias de Quivira, cuyo nombre sólo había bastado par reanimar las esperanzas defraudadas al llegar a Cíbola. Allí acabó sus días el famoso Turco, quien en desesperado esfuerzo por salvarse trató de sublevar a los indígenas contra los

españoles. Allí oyó hablar Vásquez de Coronado de un reino llamado Harahey, cuyo monarca, según se deducía de los informes que le dieron, parecía ser blanco y cristiano. Los españoles supusieron que se trataba de un sobreviviente del ejército de Florida, capitaneado por Narváez, que se hubiera dirigido al Norte cuando Cabeza de Vaca y sus tres compañeros partieron hacia el Oeste. Vásquez de Coronado le envió una carta en español que el rey no pudo leer, pues era en realidad un indio Wichita.

La expedición concluyó en un sitio llamado hoy Lindsborg, en la margen izquierda del río Smoky, en el propio corazón de Kansas. Allí gozaron de la hospitalidad del Cacique de Harahey, de quien observaron que era "muy señor", majestuoso y altivo en su trato. A mediados de agosto, Vásquez de Coronado y sus huestes se despidieron de los indios, volviendo sobre sus pasos y dirigiéndose hacia Tiguex. El fabuloso reino de Quivira, como las legendarias Siete Ciudades Doradas de Cíbola, probó ser sólo fantasía. La única realidad era la de las praderas inmensas, de tierras fértiles, según apuntó el propio Vásquez de Coronado en carta al Virrey Mendoza, pero carentes de cuanto para los europeos de aquella época podía significar riqueza. Allí no había ciudades doradas, ni más oro que el que ponen los crepúsculos sobre el horizonte en esa hora mágica en que, según frase del poeta, "el día ya no es día y la noche aun no llega". Allí no había mitológicos árboles de frutos divinos, sino la vegetación escasa y triste de las praderas; allí no había otra grandeza que la del ensueño, que forja los tesoros más valiosos, porque son los eternos: los de la ilusión y la esperanza.

En Lindsborg permanecieron los españoles veinticuatro días. Allí se erigió un monumento de piedra, sobre el cual fué colocada una cruz de madera con esta incripción: "Francisco Vásquez de Coronado, general del ejército de S. M. Carlos V de España, llegó a este lugar, 1541."

Descendiendo a lo largo del río Arkansas los exploradores recorrieron lo que hoy se llama el Camino de Santa Fe. De vuelta en Tiguex, en octubre de 1541, Vásquez de Coronado escribió al Emperador, dándole cuenta de su viaje, y mencionando el hecho de que en un recorrido de más de trescientas leguas no había salido de las praderas. La distancia de la ciudad de México a Quivira, la calculaba en unas novecientas cincuenta leguas, es decir, casi cinco mil trescientos kilómetros. ¡Qué fácil decirlo! Pero imaginad lo que ello significa: bosques, ríos, llanuras y desiertos: la hostilidad de la naturaleza y de los hombres, la escasez de víveres, la falta de protección contra los rigores del tiempo, y sobre todo, lo desconocido, imponiendo su terror a los timoratos, pero dando nuevo impulso al afán de los valerosos.

En Tiguex pasaron el invierno. Allí sufrió el caudillo un accidente, cayendo de su caballo y resultando muy lesionado. Su enfermedad le impresionó vivamente, así como a sus soldados, que temieron la muerte de su jefe, al cual habían jurado, ante el Virrey Mendoza, lealtad absoluta, promesa que supieron mantener. La permanencia en Tiguex se prolongó hasta abril de 1542, fecha en que se reanudó el viaje hacia México. Entre Fort Apache y Fort Frant, Arizona, encontraron los refuerzos que el capitán Juan Gallego llevaba de la capital mexicana. Esta tropa, bien aprovisionada, creía en la

realidad del paraíso prometido y esperaba gozar de sus delicias. Su descontento fué grande al conocer la realidad. El resto de la jornada carece de interés. Muchos oficiales y soldados desertaron en tierras mexicanas. Finalmente Vásquez de Coronado arribó a la ciudad de México, desilusionado, tras el aparente fracaso de su misión. Poco después renunció su cargo de Gobernador de la Nueva Galicia y se retiró a la vida privada.

Su viaje no fué estéril, sin embargo. No logró recoger tesoros materiales, ni conquistar ciudades populosas y ricas. Pero llevó la luz de la civilización europea a aquellas tierras desconocidas, que hoy son asiento de un pueblo próspero y culto. Con toda justicia, éste mantiene el recuerdo de aquellos españoles que marcaron la ruta y puede asegurarse que el espíritu de los intrépidos conquistadores llena el escenario de su epopeya. Las reliquias de su aventura recogidas allí son exhibidas con gran interés en los museos de Kansas: entre ellas están algunos pedazos de armaduras y la espada del Capitán Gallego, grabados en la hoja el nombre de éste y la caballerosa clásica inscripción: "No me saques sin razón: no me envaines sin honor". Y sobre todo, existe allí la leyenda del famoso Fray Juan de Padilla, el valiente misionero que separándose de los expedicionarios regresó a Quivira, a predicar el Evangelio a los indios, habiendo sido asesinado algún tiempo después. Su cadáver momificado descansa en la modesta capilla de la Misión de Isleta, en Nuevo México, y según se afirma, cada veinte años, por un misterioso proceso que ha merecido numerosas investigaciones, el cuerpo depositado en rústico ataúd a cierta profundidad bajo el altar vuelve a flor de tierra y tiene que ser nuevamente enterrado....

Quizá este sea el mejor símbolo de aquella época y aquellos hombres de que nos hemos ocupado en esta conversación: Fray Juan de Padilla, verdadero santo que ofrendó su vida por un ideal generoso, que completó con su bondad la obra audaz de los Conquistadores y que vencido en la materia, sigue viviendo en el espíritu, pronto a reanudar su obra civilizadora, fiel a la divisa, que es ansia eterna de superación: *Plus Ultra!*

Documentos

de gran importancia histórica y comentarios del día sobre la disolución del Partido Comunista

La Conferencia Nacional del Partido Comunista de Costa Rica

ACUERDA:

1º—Aprobar las consideraciones presentadas por el Buró Político del Comité Central por medio del compañero Mora, sobre la conveniencia de disolver el Partido Comunista de Costa Rica y resolver en consecuencia, su disolución.

2º—Constituir un nuevo partido con el nombre de *"Vanguardia Popular"* al cual ingresarán automáticamente todas las organizaciones del anterior Partido.